

MANUEL DELGADO, ALICIA REIGADA, MARTA SOLER Y
DAVID PÉREZ NEIRA

Medio rural y globalización. Plataformas agroexportadoras de frutas y hortalizas: los campos de Almería

Sumidos en una crisis permanente que se ha convertido ya en uno de sus rasgos estructurales, los espacios rurales encarnan una de las vertientes más sobresalientes del conflicto entre economía y territorio, asociado a los principios sobre los que se construye la noción y el modo de funcionar de lo económico. Una ilustración de este conflicto, acentuado en la globalización, y de las limitaciones de la visión convencional de la economía para resolverlo, se concreta en el caso de las plataformas agroexportadoras hortofrutícolas. Presentadas como casos “de éxito” por la cuantía de los valores monetarios puestos en circulación, a medida que el modelo ha ido “avanzando”, como muestra el caso de Almería, se han ido evidenciando costes económicos, sociales y ecológicos que suponen serios obstáculos para la sostenibilidad de los lugares en los que este modelo agroexportador se localiza.

El papel de cenicienta, la subalternidad que el medio rural ha venido desempeñando en la modernidad, por contraposición a lo urbano, espacio de acumulación de riqueza y de poder erigido en modelo territorial de referencia, guarda una relación muy estrecha con sus funciones dentro de la división espacial de tareas que ha ido consolidándose a lo largo de la historia del sistema económico imperante. Un sistema cuyas reglas de juego y funcionamiento tienden a ordenar el territorio en «núcleos atractores de capitales, población y recursos, y áreas de abastecimiento y de vertido, y a subordinar el medio rural al urbano»;¹ de modo que el despliegue y la expansión de los

Manuel Delgado y Marta Soler son profesores en el departamento de Economía Aplicada II de la Universidad de Sevilla

Alicia Reigada es profesora en el departamento de Antropología Social de la Universidad de Sevilla

David Pérez Neira es profesor en el departamento de Economía y Estadística de la Universidad de León

¹ J. M. Naredo, «Metabolismo económico y deterioro territorial. Tendencias y perspectivas a principios del siglo XXI» en R. Garrabou y J. M. Naredo (eds.), *El paisaje en perspectiva histórica. Formación y transformación del paisaje en el mundo mediterráneo*, SEHA, Monografías de Historia Rural, Pressas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 2008, p. 391.

procesos urbanos y las prácticas extractivas que en el medio rural los posibilitan vienen a ser las dos caras de un mismo patrón de “ordenación” del territorio.

El metabolismo socioeconómico de los espacios rurales se construye así al servicio de los requerimientos de recursos, materiales y energía generados por los asentamientos urbanos y sus procesos de expansión, en un intercambio desigual velado desde el enfoque convencional de lo económico, que al circunscribirse al universo único de los valores monetarios oculta las asimetrías y el carácter jerárquico de las actividades económicas.

Las áreas urbanas, espacios donde se viene concentrando de manera creciente la población y el consumo –la población que habita en ciudades superó en 2013 a la que vive en zonas rurales, esperándose para 2030 un porcentaje de población urbana del 75%–,² requieren una continua apropiación neta de recursos biofísicos como energía, tierra o trabajo, provenientes de un entorno más o menos próximo, de modo que su expansión implica el desplazamiento de cargas sociales y ambientales a otras áreas. A su vez, este flujo permanente de recursos, materiales y energía hacia las áreas metropolitanas aumenta la complejidad y el poder de sus organizaciones sociales y tecnológicas, al tiempo que empobrece, debilita y simplifica la organización física, económica y social de las áreas de extracción y de vertido.³

En la raíz de este intercambio desigual nos encontramos con criterios de valoración que llevan a la divergencia entre valoración monetaria y costes físicos y sociales asociados a los procesos económicos,⁴ y que juegan en contra de los espacios rurales. Esta asimetría entre precio y lo que Hornborg⁵ ha denominado «potencial productivo» refiriéndose a las capacidades de recursos, materiales y energía, es el resultado de un doble proceso: uno que se deriva de los principios de la economía convencional y la termodinámica –relacionado con el carácter gratuito con el que se toman de la naturaleza los recursos naturales–, y otro fruto de condiciones ideológicas e institucionales vinculado con el poder de quienes controlan los últimos eslabones de las cadenas de valor.

La globalización, como estrategia del capital para organizar las operaciones que llevan a su revalorización a escala planetaria, ha reforzado la especialización territorial, intensificando la división espacial del trabajo y acentuando la polarización entre territorios dedica-

² Véase información del Banco Mundial sobre desarrollo urbano, 2015, disponible en: <http://www.worldbank.org/en/topic/urban-development>.

³ S. Bunker, *Underdeveloping the Amazon. Extraction, Unequal Exchange and the Failure of the Modern State*, The University of Chicago Press, Chicago, 1985; A. Hornborg, *Global Ecology and Unequal Exchange*, Routledge, Nueva York, 2013; y R. Fernández Durán y L. González Reyes, *En la espiral de la energía*, vols. I y II, Libros en acción/Baladre, Madrid, 2014.

⁴ J. M. Naredo y A. Valero (dirs.), *Desarrollo económico y deterioro ecológico*, Fundación Argentaria y Visor, Madrid, 1999.

⁵ A. Hornborg, «Toward an ecological theory of unequal Exchange: articulating world system theory and ecological economics», *Ecological Economic*, núm. 25 (1), 1998, pp. 127–136.

dos a actividades que se sitúan en las últimas fases de elaboración y comercialización de mercancías y servicios, localizadas en las grandes áreas metropolitanas, y territorios abastecedores de productos primarios, que se ocupan de las primeras fases de extracción y elaboración de recursos naturales.⁶

La globalización del sistema agroalimentario

En este contexto, la arquitectura de la provisión alimentaria se arma ahora por encima de las fronteras estatales en una compleja estructura de redes globales asociada a una cadena alimentaria crecientemente fragmentada en actividades, establecimientos y procesos diferenciados; un complejo entramado que tiene por objeto promover los intereses globales de un grupo cada vez más reducido de grandes corporaciones transnacionales que, de manera creciente, impulsan y gobiernan los diferentes eslabones de la cadena. El predominio de estos gigantes del negocio alimentario ha llevado a designar a este régimen alimentario como «imperio corporativo».⁷

El metabolismo socioeconómico de los espacios rurales se construye al servicio de los requerimientos de recursos, materiales y energía generados por los asentamientos urbanos

Un imperio cuyo desenvolvimiento viene condicionado en gran medida por el protagonismo que ahora adquiere el capital financiero;⁸ un capital que, a la vez que hace posible la concentración, expansión y reorganización de las corporaciones agroalimentarias, modula el funcionamiento del sistema agroalimentario desde criterios de “racionalización” contruidos bajo el imperativo de la “creación de valor” financiero; esta lógica estimula la eliminación de restricciones para la localización, el aprovisionamiento, la producción y el consumo alimentario, a la vez que refuerza la posición dominante de la gran distribución —«los amos del sistema alimentario»—,⁹ como asimismo erosiona el poder de los pequeños agricultores

⁶ O. Carpintero, S. Echevarría y J. M. Naredo, «Flujos físicos y valoración monetaria en el comercio mundial. El “efecto notario” en el reparto de los frutos del comercio a nivel internacional» en J. M. Naredo y A. Valero (dirs.), *op. cit.*; S. Gijum y N. Eisenmenger, «North-South Trade and the Distribution of Environmental Goods and Burdens: A Biophysical Perspective», *Journal and Environment & Development*, vol. 13, núm. 1, marzo, 2004, pp. 7-47; J. Martínez Alier, «Marxism, Social Metabolism and International Trade», en A. Hornborg, J. R. McNeil y J. Martínez Alier, *Rethinking Environment History. World-System History and Global Environmental Change*, Altamira Press, Lanham, MD, 2007; y A. Hornborg, *op. cit.*, 2013.

⁷ Ph. McMichael, «The Power of Food», *Agriculture and Human Values*, núm. 17, 2000, pp. 21-33 y «Global development and the corporate food regime», XI World Congress of Rural Sociology, Trondheim, julio, 2004; J. D. van der Ploeg, *Nuevos campesinos. Campesinos e imperios alimentarios*, Icaria, Barcelona, 2010.

⁸ D. Burch y G. Lawrence, «Financialization in agri-food supply chains: private equity and the transformation of the retail sector», *Agriculture and Human Values*, vol.30, núm. 2, 2013, pp. 247-258.

⁹ *Ibidem*.

en relación con otros actores de la cadena alimentaria y deteriora el nivel de salarios y las condiciones de trabajo dentro de la misma.¹⁰

La inserción de la actividad agraria en este sistema ha dado lugar, por una parte a una creciente polarización territorial de producción y cultivos dentro de una cada vez más intensa especialización de tareas; por otra, al abandono de los sistemas agrarios y a un deterioro del patrimonio natural asociados a un aumento de tierras invalidadas por usos no agrarios (infraestructuras y edificios, vertidos y otros)¹¹ y a la exclusión de una parte del medio rural de los circuitos de crecimiento y acumulación. La fuerte concentración y asociación entre espacios y cultivos conforma así nudos de la red alimentaria global, contribuyendo también la agricultura a la configuración de «una economía de archipiélago»¹² como proyección territorial de un modelo en el que junto a tramas y redes por las que discurren los flujos asociados a la fragmentación y especialización productiva propias de la agricultura globalizada, se sumergen amplios espacios excluidos de los circuitos y nudos de valorización del capital.

La globalización ha profundizado la alteración del metabolismo de los sistemas agrarios que trajo la modernización de la agricultura, acentuado el desacoplamiento de los cultivos y los aprovechamientos en relación con las características edafoclimáticas de los territorios, la sobreexplotación y el deterioro de los ecosistemas locales y la dependencia de los sistemas agrarios de recursos ajenos y lejanos a los territorios en los que éstos se desenvuelven.¹³ Un desacoplamiento que lleva a una agricultura que es «cada vez menos un ancla de sociedades y culturas y cada vez más un componente de estrategias de corporaciones globales».¹⁴

Plataformas agroexportadoras de frutas y hortalizas

El sistema de aprovisionamiento de frutas y hortalizas frescas fue uno de los primeros en globalizarse¹⁵ conformando pronto sus patrones de producción, comercio, inversión y distri-

¹⁰ S. R. Isakson, «Food and finance: the financial transformation of agro-food supply chains», *Journal of Peasant Studies*, vol. 41, núm. 5, 2014, pp. 749-775.

¹¹ J. M. Naredo, «La modernización de la agricultura española y sus repercusiones ecológicas», en M. González de Molina y J. Martínez Alier (eds.), *Naturaleza transformada*, Icaria, Barcelona 2001, pp. 55-85.

¹² P. Veltz, *Mundialización, ciudades y territorios*, Ariel, Barcelona, 1999.

¹³ J. M. Naredo, *op. cit.*, 2001.

¹⁴ Ph. McMichael, *op. cit.*, p. 23.

¹⁵ W. H. Friedland y D. Goodman, «A Research Agenda. The Globalization of the Fresh Fruit and Vegetable System», *Journal of Sociology of Agriculture and Food*, vol. 3, 1993, pp. 169-173; W. H. Friedland, «The Global Fresh Fruit and Vegetable System: An Industrial Organisation Analysis», en P. H. McMichael (ed.), *The Global Restructuring of Agro-food System* Cornell University Press, Ithaca, 1994; y L. Reynolds, «Institutionalizing flexibility: A comparative analysis of Fordist and Post Fordist models of third world agro-export production», en G. Gereffi, M. Korzeniewicz (eds.) *Commodity Chains and Global Capitalism*, Praeger Publishers, Westport, 1994, pp. 143-161.

bución, «cadenas globales de productos» o complejos cuya parte “extractiva” –producción de frutas y hortalizas– se localiza en gran medida en los países del hemisferio sur, donde ciertas regiones rurales se han reconstruido como grandes «plataformas agroexportadoras»¹⁶ orientadas hacia los mercados del norte. Una agricultura de exportación denominada “no tradicional”, por ser una dedicación nueva para determinados territorios, o porque con los mismos productos se ha pasado de abastecer mercados locales a proveer mercados globales.¹⁷ Así, países como México, Costa Rica, Guatemala, Ecuador, Brasil, Chile, Perú, Kenia, Zimbabue, Malasia y Tailandia, además de ciertas regiones del sur de Europa y la zona meridional de China son hoy claramente mayoritarios en la exportación mundial de frutas y hortalizas. En las dos últimas décadas, la cantidad de esta producción vendida desde el sur al exterior se ha casi triplicado.¹⁸

La globalización ha reforzado la especialización territorial, intensificando la división espacial del trabajo y acentuando la polarización entre territorios

Esta dedicación de los territorios periféricos, estimulada desde políticas de ajuste estructural que “recomendaban” la dedicación agroexportadora como forma de hacer frente a la deuda externa, ha alterado profundamente las relaciones sociales, económicas y ecológicas en el medio rural en el que se localizaban.¹⁹ Desde la visión convencional de lo económico, estos casos han sido presentados como casos de “éxito” justificado por la cuantía de los valores monetarios puestos en circulación y por la presencia de tasas de rentabilidad económica que, a pesar de los “inconvenientes” asociados al modelo, se consideraron acepta-

¹⁶ Ph. McMichael, *op. cit.*

¹⁷ B. Barham, M. Clark, E. Katz y R. Shuman, «Nontraditional Agricultural Export in Latin America», *Latin America Research Review*, vol. 27, núm. 2, 1992, pp. 43-82.

¹⁸ Según las estadísticas de la FAO, considerando América Central, América del Sur, el Sur y Sureste de Asia, y el Sur de Europa, la cantidad de frutas y hortalizas exportada, el 65% del total mundial exportado de estos productos en 2012, se ha multiplicado por 2,6 desde 1995. Véase Faostat, *Comercio. Cultivos y productos animales*, FAO, 2015, disponible en <http://faostat3.fao.org/download/T/TP/E>.

¹⁹ M. J. Wells, *Strawberry fields: politics, class and work in California*, Cornell University Press, Nueva York, 1996; W. E. Murray, «La globalización de la fruta, los cambios locales y el desigual desarrollo rural en América Latina: un análisis crítico del complejo de exportación de fruta chilena», *EURE*, vol. XXV, núm. 75, 1999, pp. 77-103; C. Dola y J. Humphrey, «Changing governance patterns in the trade in fresh vegetables between Africa and the United Kingdom», *Environment and Planning*, vol. 36, núm. 3, 2004, pp. 491-509; P. Segura y A. Pedreño, «La hortofruticultura intensiva de la región de Murcia: un modelo productivo diferenciado» en M. Etxezarreta (coord.), *La agricultura española en la era de la globalización*, Ministerio de Agricultura, Pesca y Ganadería, Madrid, 2006, pp. 369-421; M. Delgado y M. A. Aragón, «Los campos andaluces en la globalización. Almería y Huelva, fábrica de hortalizas», en M. Etxezarreta, (coord.), *op. cit.*, 2006, pp. 423-474; O. Aguilar Soto y C. Maya Ambía (coords.), *Sinaloa en la globalización. Costos ecológicos, sociales y económicos*, Plaza y Valdés, México, 2007; A. Reigada, *Las nuevas temporeras de la fresa en Huelva. Flexibilidad productiva, contratación en origen y feminización del trabajo*, Tesis doctoral Universidad de Sevilla, Sevilla, 2009; y H. González, «Especialización productiva y vulnerabilidad agroalimentaria en México», *Comercio Exterior*, vol. 63, núm. 2, 2013, pp. 21-36.

bles. A medida que el modelo ha ido “avanzando” se han ido evidenciando costes económicos, sociales y ecológicos que suponen serios obstáculos para la sostenibilidad económica, social y ecológica de los lugares en los que este modelo agroexportador se localiza.

Los trabajos citados ponen de manifiesto que la conexión de estas áreas rurales con lo global se hace a costa de crear desconexiones y rupturas de vínculos que resultan esenciales para el mantenimiento y el enriquecimiento de la vida local. Desconexión de la producción agrícola de las especificidades de ecosistemas y sociedades locales. Creciente desconexión entre producción y consumo que acarrea dependencia alimentaria y destrucción del tejido social y económico del entorno; desconexión temporal, ruptura de los ciclos naturales e intensificación de la explotación de los recursos locales. Creciente dependencia de insumos importados. Desconexión, secuestro y anulación de los saberes autóctonos que convierte a los agricultores en “autómatas” que aplican “recetas” asociadas a tecnologías diseñadas y construidas en beneficio de lo global. Costes monetarios crecientes, deterioro de los precios y márgenes percibidos por los agricultores, degradación de salarios y condiciones laborales, segmentación sexual y étnica de los mercados de trabajo.

En definitiva, subordinación de los componentes del modelo a estrategias diseñadas y controladas desde imperios alimentarios que tratan de “optimizar” sus estructuras de aprovisionamiento y el aprovechamiento de las condiciones específicas de sistemas locales flexibles –en adaptación permanente a las necesidades de los grupos a los que sirven–, cuya localización, como la de todos los componentes de las redes globales, está sujeta a una reconfiguración continua que les permita ofrecer las condiciones más favorables en el uso de recursos materiales y humanos; condiciones que, de ser mejoradas por otros territorios en competencia, supondrán el traslado de actividades y enclaves, quedando atrás con frecuencia un horizonte de destrucción ecológica y pobreza generalizada.

Los campos de Almería en la globalización²⁰

La agricultura intensiva bajo plástico de Almería es uno de los enclaves hortícolas más importantes de Europa, a la vez que uno de los espacios que en mayor medida representa la especialización productiva de Andalucía dentro de la división territorial del trabajo.²¹ Una

²⁰ El contenido de este apartado se enmarca en el proyecto titulado «Sostenibilidad social de los nuevos enclaves productivos agrícolas: España y México (ENCLAVES)» financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación (2012-2014, CS0211-2851) coordinado desde la Universidad de Murcia y cuyo investigador principal es Andrés Pedreño.

²¹ M. Delgado, O. Carpintero, P. Lomas y S. Sastre, «Andalucía en la división territorial del trabajo dentro de la economía española. Una aproximación a la luz de su metabolismo socioeconómico. 1996-2010», *Revista de Estudios Regionales*, núm. 100, 2014, pp. 197-222.

especialización crecientemente extractiva que en la globalización se ha profundizado en torno a la agricultura intensiva asociada a los cultivos de hortalizas y olivar. Con una población que supone el 18% de la española, en las campañas 2012/13 y 2013/14 se localizó en Andalucía, como media, el 36% de la producción hortícola española.²²

Se han ido evidenciando serios obstáculos para la sostenibilidad económica, social y ecológica de los lugares en los que este modelo agroexportador se localiza

A su vez, en este período la producción media ha sido en Almería de 3,1 millones de toneladas por campaña, de modo que el sistema productivo almeriense, en 28,8 miles hectáreas, un 0,9% de la superficie cultivada en Andalucía, ha generado bastante más de la mitad (58,5%) de la producción andaluza de hortalizas, con sólo un 23,1% de la superficie dedicada a estos cultivos en Andalucía. Esta fuerte concentración espacial de la producción se asocia con un alto grado de intensificación en los cultivos hortícolas, cuyos rendimientos por hectárea (109,5 t/ha) están en Almería más de dos veces y media por encima de los rendimientos de las hortalizas en Andalucía (41,6 t/ha), cercanos a su vez a la media española (41,7 t/ha). Intensidad en la producción acompañada de una fuerte polarización en muy pocos cultivos, de tal modo que sólo cuatro de ellos, tomate (26,1%), pimiento (20%), pepino (13,8%) y calabacín (11,4%), se aproximan a las tres cuartas partes de la producción total almeriense (71,3%). Este grado de concentración alrededor de un número tan estrecho de cultivos proporciona una fuerte vulnerabilidad a un sistema productivo que depende en tan gran medida de la suerte que éstos corran durante la campaña.

Las condiciones tecnológicas, de diseño de productos, utilización de *inputs*, coordinación y sincronización de tareas y fases, formas y ritmos de gestión, conexión con los mercados, etc., son fácilmente asimilables a las de cualquier otra actividad manufacturera globalizada.

²² Estas cifras y las utilizadas en el párrafo siguiente se han obtenido de MAGRAMA, 2014 [disponible en: http://www.magrama.gob.es/es/ministerio/servicios/publicaciones/memoria2013_cap.aspx]; Cajamar, *Análisis de la campaña hortofrutícola de Almería campaña 2012-2013*, Servicios de Estudios Agroalimentarios de Cajamar, diciembre, 2013 [disponible en: <http://www.publicacionescajamar.es/series-tematicas/informes-coyuntura-analisis-de-campana/analisis-de-la-campana-hortofruticola-de-almeria-campana-20122013/>]; Cajamar, *Análisis de la campaña hortofrutícola de Almería campaña 2013-2014*, Servicios de Estudios Agroalimentarios de Cajamar, noviembre, 2014 [disponible en: <http://www.publicacionescajamar.es/series-tematicas/informes-coyuntura-analisis-de-campana/analisis-de-la-campana-hortofruticola-de-almeria-campana-20132014/>]; y CAP, *Anuario de Estadísticas Agrarias y Pesqueras de Andalucía 2012*, Consejería de Agricultura y Pesca, Junta de Andalucía, Sevilla, 2013 [disponible en: <http://www.juntadeandalucia.es/agriculturaypesca/portal/servicios/estadisticas/estadisticas/agrarias/resumen-anual.html>].

Flujos físicos y monetarios

Este proceso de fabricación de hortalizas entraña la movilización y el uso de una gran cantidad de recursos procedentes en su mayor parte de la zona donde se localiza el modelo, pero también de otros territorios del exterior. La estimación de los flujos físicos asociados a este sistema productivo local pone de manifiesto:

- 1) Un importante consumo de agua que según el *Inventario de regadíos de 2008*²³ alcanza los 123 Mm³ –4,3 millones de litros por hectárea– de los cuales 113 se extraen de aguas subterráneas, de modo que el modelo requiere agua en un orden de magnitud que es más de 200 veces el de los materiales implicados en el proceso,²⁴ usándose y deteriorándose por contaminación o degradación²⁵ una cantidad mayor que la que se repone por término medio anualmente en los acuíferos –alrededor del 70%–,²⁶ que se declararon ya sobreexplotados en 1984.
- 2) Los datos sobre flujos físicos que hemos observado como resultado del proyecto de investigación citado, muestran, como ya se había constatado en trabajos anteriores,²⁷ que el sistema productivo almeriense apoya su funcionamiento en el uso y la degradación de los *stocks* de materiales disponibles en el entorno, aunque este fenómeno queda velado en las cuentas que, en términos monetarios, recogen los costes de esta agricultura. En efecto, mientras que agua, tierra, arena y estiércol suman más del 99% del tonelaje de los recursos utilizados, asociados con el 12-14% de los costes monetarios, entre semillas y plantones, fertilizantes y fitosanitarios, apenas un 0,1% del volumen físico de los requerimientos directos de materiales del modelo, se tiene más de la mitad del coste monetario de los mismos.

La concepción y fabricación de semillas, en manos del capital global, como en general los *inputs* importados por el modelo,²⁸ tienen un carácter central para esta agricultura

²³ Elaborado por la Consejería de Agricultura y Pesca de la Junta de Andalucía.

²⁴ Esta cantidad media de agua consumida por hectárea queda bastante por debajo de la que nosotros hemos contabilizado en el caso de las tres explotaciones a las que hemos hecho el seguimiento, durante dos campañas (2012/13 y 2013/14), de las entradas y salidas, en términos físicos y monetarios; siempre el consumo observado ha sido superior a los 6 millones de litros por hectárea.

²⁵ A. Tolón y X. Lastra, «La agricultura intensiva del poniente almeriense. Diagnóstico e instrumentos de gestión ambiental», *Revista Electrónica de Medio ambiente*, núm. 8, Universidad Complutense de Madrid, junio, 2010, disponible en: <http://revistas.ucm.es/index.php/MARE/article/view/15897>.

²⁶ A. Dumond, E. López-Gunn y R. Llamas, «La huella hídrica extendida de las aguas subterráneas en el campo de Dalías (Almería, España)», Congreso Ibérico sobre las Aguas Subterráneas, Zaragoza, septiembre, 2011.

²⁷ J. López-Gálvez y J. M. Naredo, *Sistemas de producción e incidencia ambiental del cultivo en suelos enarenado y en susstratos*, Fundación Argentaria y Visor Distribuciones, Madrid, 1996.

²⁸ F. Ferraro y J. A. Aznar, «El distrito agroindustrial de Almería: un caso atípico», *Mediterráneo Económico*, núm. 13, 2008, pp. 353-382; y A. Fernández Tortosa, *¿Cuál es la estructura de mercado de la venta de semillas de tomate para cultivo profesional en El Ejido, Almería?*, SEK, 2012, disponible en: <http://www.sek.es/files/pdf/publicaciones/Ainara-Fernandez-Tortosa.pdf>.

intensiva, tanto por el peso que representa en el coste como por su carácter insustituible en el proceso, siendo una de las principales vías por las que se incorpora al modelo la investigación y el desarrollo tecnológico, al tiempo que se externalizan y enajenan los saberes y las formas de manejo. A su vez, el alto coste monetario que debe pagarse desde lo local por estos insumos traduce, en términos de criterios de valoración, una parte de los mecanismos en los que se concreta el intercambio desigual.²⁹

Con esos mismos criterios de valoración, el sistema funciona a costa de una fuerte utilización y degradación del patrimonio natural local, tomándose del mismo gran cantidad de recursos de forma gratuita. Lo que se paga, y el agua es un buen ejemplo de ello, es el coste de extracción al que en algunos casos se suma el coste del transporte.

- 3) Comparando la intensidad en el uso de materiales por hectárea de la campaña 1994/95³⁰ con las estimadas para las campañas 2012/13 y 2013/14, constatamos que ha crecido más que proporcionalmente a lo que lo ha hecho el volumen de biomasa producida por el sistema, de modo que para conseguir mayores rendimientos, los requerimientos de materiales han de incrementarse por encima del aumento relativo del *output*. Para duplicar la producción por hectárea, la cantidad de materiales se ve multiplicada casi por tres. En este sentido sobresa el incremento experimentado por el consumo de combustible, los plásticos o el agua.

La conexión de estas áreas rurales con lo global se hace a costa de crear desconexiones y rupturas de vínculos que resultan esenciales para el mantenimiento y el enriquecimiento de la vida local

La penalización de lo local desde los intereses del capital global reflejada en el modo de utilización de los recursos y su valoración monetaria queda ratificada cuando completamos el análisis con la vertiente monetaria del modelo. Un modelo para cuyo funcionamiento ha venido siendo clave la intensificación de la producción y la evolución de los rendimientos. En efecto, como pone de relieve el gráfico 1 en el período considerado, 1975-2012, lo fabricado se multiplica por más de cuatro en una superficie invernada que “sólo” se duplica. Se ha pasado de 27,6 t/ha en 1975 a las más de 109,5 t/ha a las que nos referíamos para 2013.³¹ Esa intensificación ha sido el modo que los agricultores almerienses

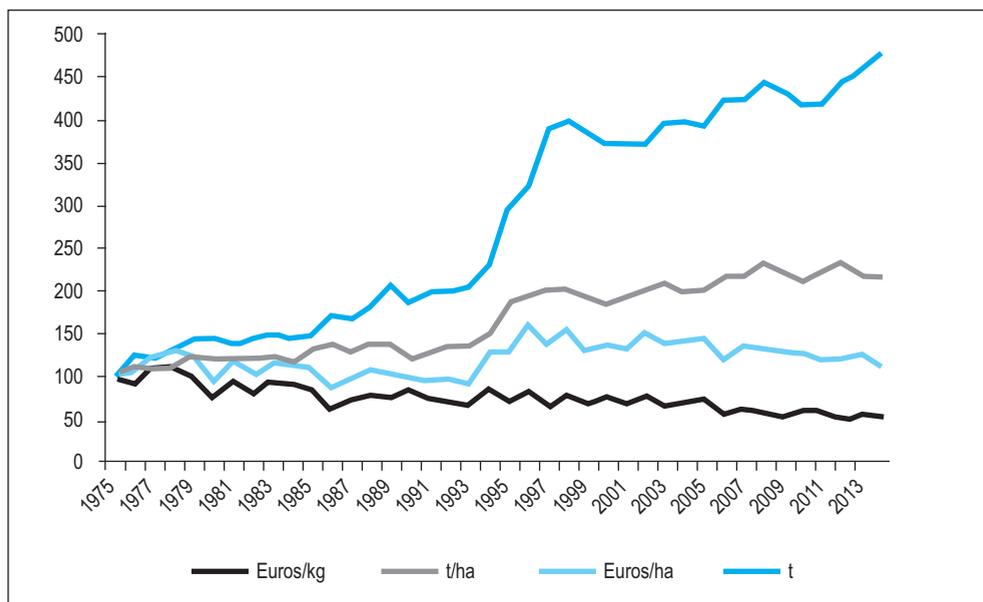
²⁹ O. Carpintero, S. Echevarría y J. M. Naredo, *op. cit.*; S. Giljum y K. Hubacek, «International trade, material flows and labor use: Developing a physical trade balance for the European Union», *Interim Report IR-01-59*, International Institute for Applied Systems Analysis, 2001.

³⁰ J. López-Gálvez y J. M. Naredo, *op. cit.*

³¹ Si centramos el valor medio de las dos campañas consideradas, 2012/13, 2013/14 en el año 2013.

han encontrado para contrarrestar el deterioro del valor asignado a sus productos, amortiguándose así la caída de los ingresos por hectárea, que, como puede verse, evoluciona a un ritmo muy diferente al de la producción. Como puede observarse, la caída de los precios percibidos por los agricultores es la razón del debilitado ritmo que siguen los ingresos. El índice correspondiente viene bajando tendencialmente desde 1975, siendo igual a 53 euros/kg en 2014, de modo que ahora los agricultores perciben una cantidad monetaria por cada kilo producido que se aproxima a la mitad de la que percibían cuatro décadas atrás.

Gráfico 1. Evolución de la producción hortícola almeriense (1975=100)



Fuente: *Análisis de campaña*, Cajamar.

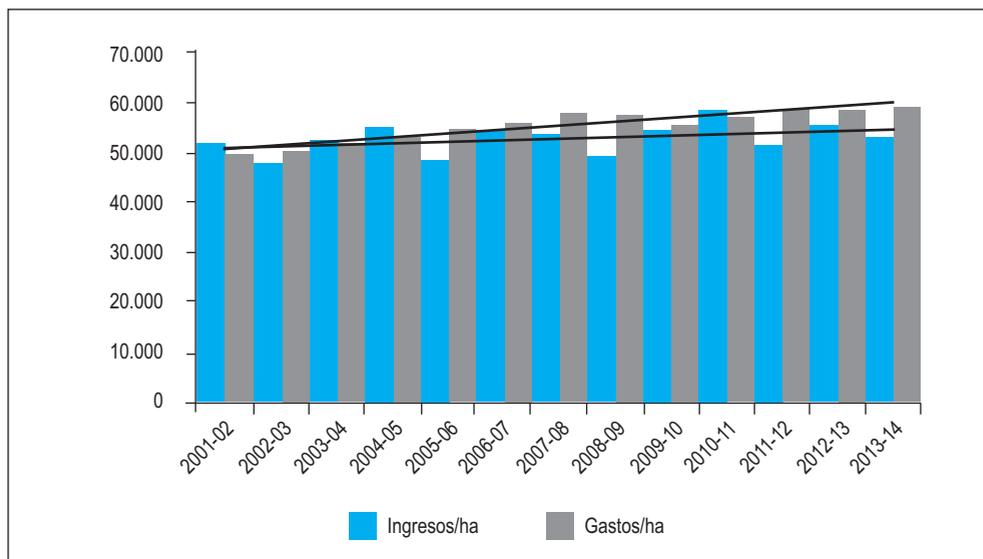
Si consideramos ahora la evolución de ingresos y gastos por hectárea para una explotación tipo,³² tenemos como resultados los observados en el gráfico 2, en el que claramente se pone de manifiesto lo que viene siendo comentado en los propios textos de Cajamar y ya se había venido constatando también en trabajos anteriores sobre la agricultura almeriense:³³ la crisis de rentabilidad que vienen soportando los invernaderos de Almería, pren-

³² Los informes de campaña Cajamar proporcionan la superficie invernada por campaña y el total de ingresos, además de estimar, para cada campaña, a estructura de costes para una explotación tipo que, aunque no se corresponda con ningún caso concreto trata de ser representativa de la que podría considerarse explotación media de la zona, de modo que la diferencia entre ingresos medios y gastos medios por hectárea a partir de los datos que contiene esta serie se puede considerar una estimación correcta del comportamiento medio de la rentabilidad del sistema productivo almeriense. Véase la Serie *Análisis de campaña* de Cajamar.

³³ J. López-Gálvez y J. M. Naredo, *op. cit.*; J. López Gálvez, A. Molina, M. Jaén y F. Salazar, *Análisis económico y ambiental en Agronomía*, Analistas económicos de Andalucía, Málaga, 2000; Instituto de Estudios Almerienses, *El sector agrario y*

didados en una pinza –costes de explotación crecientes y precios percibidos que tienden a decrecer–, que genera un progresivo estrangulamiento de los márgenes.³⁴ No obstante, una renta disponible –margen neto menos amortizaciones– positiva, puede en principio hacer “invisibles” las pérdidas, aunque ello conlleve una descapitalización en el conjunto del sistema que en algún momento debe hacerse ostensible. Los resultados de los estudios de caso que hemos llevado a cabo en la investigación citada anteriormente confirman esta crisis de rentabilidad, escondida por una disponibilidad monetaria que se hace a costa de una falta de atención de las amortizaciones.

Gráfico 2. Ingresos y gastos en la agricultura almeriense (2001-2014)



Fuente: *Análisis de campaña*, Cajamar.

Trabajo, relaciones laborales y costes sociales en la agricultura intensiva almeriense

Dentro de la estructura de costes, la mano de obra aparece como el componente principal con mucha diferencia, suponiendo en las dos campañas consideradas alrededor del 57% de los costes variables y sobre el 40% de los gastos totales.³⁵ Estas cifras traducen la impor-

agroalimentario de Almería ante el siglo XXI, Diputación de Almería, 2001; A. Oliver, «Análisis de la rentabilidad del agricultor en el campo almeriense» en J. A. Gutiérrez (coord.), *Anuario de la Agricultura Almeriense 2003*, La voz de Almería, Almería, 2003; y M. Delgado y M. A. Aragón, *op. cit.*

³⁴ Nótese que de los trece años considerados en la serie, en nueve se observan pérdidas.

³⁵ Estos datos, obtenidos de la estructura de costes que proporciona la serie de *Análisis de campaña* de Cajamar están próximos a los registrados en nuestro trabajo de campo.

tancia de uno de los pilares en los que se apoya el funcionamiento del modelo almeriense, su intensidad en el uso de la fuerza de trabajo, a la vez que ponen de manifiesto la importancia del factor trabajo para comprender las bases y limitaciones de la agricultura intensiva localizada en Almería.

Si bien algunos estudios sitúan en la estructura familiar la clave del constante dinamismo, la flexibilidad y la capacidad de adaptación e innovación del proceso de producción almeriense para ajustarse a los requerimientos del mercado global,³⁶ el análisis cualitativo muestra los costes sociales de las imposiciones existentes bajo esa «capacidad de adaptación e innovación interna».

Uno de los principales efectos de la situación actual se refiere a la dedicación exigida por parte de los agricultores, que se traduce en una acentuación de las formas de autoexplotación. La intensificación de la producción y la prolongación de la campaña supone un aumento de la carga de trabajo y, en muchos casos, la concatenación y extensión de las actividades del campo y las cooperativas durante prácticamente once meses al año. Por otra parte, la flexibilidad para ajustarse a las nuevas demandas del mercado en cuanto a variedades, volumen, marcas y formatos, que constituye otra de las nuevas estrategias de la gran distribución de frutas y hortalizas;³⁷ para cumplir las certificaciones de calidad impuestas por las propias empresas comercializadoras, que suponen, en la práctica, una nueva vía para aumentar su competitividad y el control sobre los mercados;³⁸ o para adaptarse a una demanda diferenciada a través, por ejemplo, del paso al cultivo en “ecológico”, refleja cómo los cambios en el sistema de producción, comercialización y distribución conllevan efectos y presiones sobre el trabajo diario en las pequeñas explotaciones.

La experiencia de los agricultores almerienses evidencia cómo las estrategias desplegadas para compensar el descenso de los precios suponen una intensificación del trabajo y una reducción del tiempo de ocio y descanso;³⁹ un incremento del grado de incertidumbre, desasosiego y tensión durante la campaña; una mayor pérdida del control sobre el funcionamiento de la cadena y de los conocimientos acumulados, lo que supone una degradación del trabajado agrario.⁴⁰

³⁶ E. Galdeano-Gómez, J. A. Aznar-Sánchez y J. C. Pérez-Mesa, «Sustainability dimensions related to agricultural-based development: the experience of 50 years of intensive farming in Almería (Spain)», *International Journal of Agricultural Sustainability*, 2012, pp. 1–19.

³⁷ A. Langreo, «Nuevas estrategias de la distribución de frutas y hortalizas», *Distribución y Consumo*, núm. 106, julio-agosto, 2009, pp. 24–35.

³⁸ A. Bonanno y J. S. Cavalcanti, «Globalization, Food Quality and Labor: The Case of Grape Production in North-Eastern Brazil», *International Journal of Sociology of Agriculture and Food*, núm 19, 2012, pp. 37–55.

³⁹ E. Martín y M. Rodríguez, «Inmigración y agricultura en la Comunidad Autónoma de Andalucía: la agricultura de invernadero en Almería», en E. Martín, A. Melis y G. Sanz, *Mercados de trabajo e inmigración extracomunitaria en la Agricultura Mediterránea*, Junta de Andalucía, Generalitat Valenciana y Diputació de Barcelona, 2001, pp. 33–97.

⁴⁰ Van der Ploeg, *op. cit.*

A ello debemos sumar un aspecto frecuentemente ignorado por los estudios sobre cadenas agrícolas globales: la división sexual del trabajo y la consecuente sobreexplotación y flexibilidad –cualitativa y cuantitativa– que se observa en la experiencia de vida y trabajo de las agricultoras almerienses. El análisis empírico descubre el papel fundamental que muchas agricultoras continúan asumiendo en las actividades que se requieren tanto en las explotaciones como en el ámbito doméstico, y cada vez más en las propias organizaciones agrarias. De este modo, contrasta la invisibilización y la falta de reconocimiento que sufren, con su contribución decisiva a las actividades económicas y a la reproducción social de las explotaciones y los grupos domésticos.

A la segmentación étnica y sexual del mercado laboral habría que añadir el incremento de mano de obra “disponible” como consecuencia de la reciente recesión

Pero la atención puesta en la pequeña explotación de carácter familiar no debe hacer olvidar el proceso de salarización del trabajo y la dinámica de dependencia que se produce de la mano de obra asalariada, que como vimos constituye el componente principal de la estructura de costes. La convergencia de transformaciones y tendencias como la pérdida de peso del trabajo familiar, la salarización y la extranjerización⁴¹ lleva a destacar el rol central que desempeñan las migraciones laborales internacionales en el sostenimiento de la agricultura almeriense.⁴²

Una mirada sucinta a la evolución y sustitución de la mano de obra en estos cultivos muestra, en primer lugar, los procesos de fragmentación y etnización sobre los que se estructura este mercado laboral. Los trabajadores magrebíes, del África subsahariana y más recientemente de América Latina (Ecuador) y Europa del Este pasarán a cubrir las necesidades requeridas en los campos. Trabajadoras autóctonas, y de manera creciente marroquíes y ecuatorianas, soportarán las tareas de los almacenes de manipulación y envasado. A la segmentación étnica y sexual del mercado laboral habría que añadir, en segundo lugar, el incremento de mano de obra “disponible” como consecuencia de la reciente fase de recesión económica, que ha desembocado en la vuelta a los campos almerienses no solo de familiares y vecinos de los pueblos, sino también de un volumen muy significativo de trabajadores inmigrantes varones que en los últimos años habían abandonado el campo por el

⁴¹ L. Camarero, «Trabajadores del campo y familias de la tierra: Instantáneas del tránsito agrario», ponencia presentada en el Seminario Internacional *Migrant Labor and social sustainability of global agri-food chain*, Universidad de Murcia, del 5 al 7 de noviembre de 2014.

⁴² E. Martín, Á. Castaño y M. Rodríguez, *Procesos migratorios y relaciones interétnicas en Andalucía: Una reflexión sobre el caso del Poniente almeriense desde la antropología social*, OPI, MTAS, Madrid, 1999.

sector de la construcción. En tercer lugar, y relacionado con las ventajas que para los agricultores genera la existencia de esta bolsa de reserva de trabajadores, se observa el uso frecuente del trabajo irregular (aún poseyendo los inmigrantes, en muchos casos, la documentación en regla).

Si muchos de los agricultores y agricultoras entrevistadas justifican el recurso al trabajo irregular aludiendo a la crisis que atraviesa el sector y a la incapacidad para asumir mayores costes de producción, llegando a denunciar que el Gobierno, con las inspecciones de trabajo, no hace sino “asfixiar” las economías de los pequeños productores, la otra cara de esta realidad expresa las terribles condiciones de vida y trabajo a las que se ven abocados los temporeros inmigrantes. Una realidad ya constatada en los estudios antropológicos realizados a finales de los noventa y principios del presente siglo.⁴³ En este sentido, no se puede obviar que otra de las vías empleadas por los agricultores para afrontar las presiones derivadas de su inserción en la cadena global se basa en la disponibilidad de una mano de obra barata, con la que se ahorra los costes de contratación y salarios según convenio, y flexible, que responda a la extrema eventualidad e inestabilidad del trabajo en función de los picos de campaña y los precios del mercado. La falta de continuidad y planificación, la incertidumbre sobre los días de la semana –o incluso del mes– que se va a trabajar y sobre el salario que se va a cobrar, el incumplimiento sistemático del convenio y la falta de derechos laborales y sindicales o la movilidad entre explotaciones generan una situación de inseguridad y vulnerabilidad no solo laboral, sino vital.

Esta realidad, que evidencia la insostenibilidad social de la agricultura almeriense, debemos entenderla en relación con la posición y las estrategias desplegadas por los agricultores ante una situación de profunda crisis de rentabilidad que está generando la acentuación del conflicto capital-trabajo, que en este caso se expresa en términos interétnicos, de sexo-género y de clase. Precisamente, una de las paradojas que surge en la experiencia que nos ocupa se refiere al modo en que los factores que influyen en la autoidentificación de los productores como pequeños agricultores (como su origen de clase, el predominio de la pequeña propiedad o su posición subordinada en la cadena agrícola global) contribuyen a diluir en el imaginario social la relación asimétrica capital-trabajo y a invisibilizar la contribución esencial del trabajo inmigrante en la reproducción social del modelo.

⁴³ E. Martín, Á. Castaño y M. Rodríguez, *op. cit.*; E. Martín y M. Rodríguez, *op. cit.*; U. Martínez Veiga, *El Ejido. Discriminación, exclusión social y racismo*, La Catarata, Madrid, 2001; y F. Checa, J. C. Checa y A. Arjona, «La segregación residencial de los inmigrantes extranjeros en La Mojonera (Almería): Un espacio de conflicto étnico», *Portularia: Revista de Trabajo Social*, vol. 2, 2002, pp. 195-212.